

LA CORRUPCIÓN DE LOS SUEÑOS

El deseo de lo material, en contra de lo comúnmente estipulado, nos acerca más al conocimiento de las posibilidades de una persona antes que al de sus ambiciones, sus anhelos o sus debilidades. Partiendo en dos el mapa de las aspiraciones, permítaseme nombrar ambos reinos: el que desea y el que sueña, quedando las diferencias salvadas por un consenso entre los caprichos admitidos dentro de lo cotidiano, y la pretensión de lo inasible, lo inmaterial. Así es el hombre honesto consigo mismo y proporcionado en sus “quereres” en todas las versiones de sus apetencias. En todas, menos en el aspecto más inabarcable del ser. Una vez más presentado como enemigo y placebo, el más agasajado por la imprenta y el pensamiento, impetuoso y codicioso: el Amor.

Estableciendo la condición de que se aspira a lo que, en cierto modo, se venera, suelen dividirse los objetos venerados en dos: los asequibles y los quiméricos. Un ciudadano medio podría desear un ascenso en su puesto y en su cuenta corriente, puede torturarse y permitirse el lujo de sufrir malas digestiones por los achaques de su Ford, porque la meta no es una utopía, pero ¿qué clase de estúpido en su posición gimotearía por no poder mirar al sol de agosto desde la cubierta un yate? Igualmente puede un Onassis cualquiera lagrimear por una tiara de diamantes, pero no por la plata de nuestro satélite. Convenimos entonces en que lamentarse por la ausencia de lo que nunca se podrá abarcar es tan absurdo como llorar por no poseer un unicornio.

Sin embargo, el ser humano era tan complejo y capaz como para inventar algo más allá de este mero e insípido deseo. En su raciocinio fue maldecido con la lacra de poder y querer soñar. Sueños que existen únicamente para solaz de la mente o como resultado de algún sedimento mal barrido de la infancia, pero sobre todo, para vituperio de la inteligencia. Y que las entrañas se revuelvan por la lejanía de un sueño, por su inaccesibilidad o por el miedo a sus tendencias menguantes, es una enfermedad de los poetas o de los ingenuos. Por el contrario, el nivel del deseo está equiparado con el de aquel que desea. La paradoja nace de esta mezcla insana que hiede cuando reaccionan juntos los vapores de la veneración del objeto y la más presuntuosa vertiente humana. Un acto irracional, autocontemplativo y apenas clasificable que borra la frontera del deseo para irrumpir en el territorio de las quimeras, manteniendo un difícil equilibrio entre ambos con el único objetivo de alcanzar lo divino mediante armas tan blandas como las humanas. El territorio del Amor se ha explorado en mil tratados, pero nadie aún ha podido evitar que la bandera de su conquista se haya ido desflecando, hebra a hebra, hasta convertirse en una madeja sin sentido ni esplendor.

Se dice que el amado, cuando Literatura y Utopía andan por medio, goza (o sufre) de una sublimidad tal desde los ojos del amante, que resultaría un acto en exceso vanidoso por parte del que ama el pretender estar a la altura de su divinidad. Los poetas hallan en su dama a una Musa, ya pueda ser esta una dama sin cuna, y con la delicadeza más pocha que sus pómulos como ciruelas (pasas), que recrearán las facciones ¿exquisitas? de sus amadas con parecidos a Venus o a Diana. En cuanto al resto de los mortales sin don, que prefieren ceder su voz a las expresiones de los artistas porque la propia no sea menos emotiva, siguen creyendo y, ante todo, queriendo, ser únicos e irrepetibles en su devoción por la muchacha o el efebo que en nada más que una hora cambió el rumbo entero de sus vidas. La posesión se convierte en la meta y ahí es donde el deseo sustituye al sueño, y el sentimiento se corrompe.

Si se aspira a lo que se puede materialmente aspirar, y los sueños sólo valen para deleite del alma y para dañar hasta provocar la versificación; si el deseo es un hito superable, ¿cómo pecan los castos de ideas y de fantasía después de haber elevado su fe y a su adorada hasta cumbres hechas de olímpicas nubes? El primer paso que dé el amante por aproximarse a la Musa es ya la negación de su divinidad. Y anulado el carácter insondable de la distancia pierde el hombre su humildad y la fiabilidad de su veneración.

Querer poseer el objeto amado y languidecer y suspirar por él, lo priva ya de ser quimérico o divino; y como dijo Baudelaire, ya supone la corrupción del Amor, aunque su declaración tendiese a un sentido mucho más ácido.

O quizás el amor es otra cosa: un arte, o como dijo una tal Nancy Mitford, un talento escasísimo que todos creen poseer. Tan efímero y distinto del Amor que supieron Platón y Petrarca y Chrétien de Troyes; una emoción tan excelsa que a los hombres de antes sólo se les permitía llegarla a soñar.

C.A.

DEL HOMBRE Y LA MUERTE

*“Pero el valor es el mejor
matador, el valor que ataca:
este mata la muerte misma”
(Nietzsche, Así habló Zaratustra, 3 – De la visión y el enigma)*

Un miedo, un solo miedo, mantiene atado a ese fantástico animal racional, le postra, le humilla, le vuelve irracional, y parece que será siempre así por los tiempos de los tiempos (amén).

Como el hombre, todos los seres vivos tienen un enemigo común por naturaleza que parece ser mucho más poderoso que todos ellos, pues ninguno consigue vencerle: la Muerte. La Muerte es el enemigo final con el que cada ser vivo se enfrenta como la culminación de su destino. Es inevitable, cierra el ciclo que todos iniciamos en el momento de nuestro nacimiento. ¿Vamos a dejarnos vencer tan fácilmente por ese miedo? ¿No? Entonces luchemos con la ayuda del mejor matador.

La Vida es algo extremadamente poderoso: es lo único que consigue crear algo de la nada, crear un alma donde antes solo había óvulos y espermatozoides. Y sin embargo ese poder no parece suficiente para enfrentarse a la Muerte en esa lucha de titanes, una de las infinitas luchas que pueblan el universo.

Es claro que todo ser vivo pierde en su lucha con la muerte.

Pero, el ser humano, en su calidad de ser vivo por antonomasia, ¿no es capaz de hacer nada más? Por lo visto lo único que puede hacer es suplicar, arrodillarse, convertirse en marionetas de dioses que ellos mismos han creado en un intento reactivo de desplazar la responsabilidad del cometido a otra persona. Incluso la mayoría de las personas que han conseguido el poder inigualable de llegar a ser verdaderos hombres, los cuales durante su vida lucharon fielmente contra el enemigo, al final de su vida desfallecieron en el cometido, ya sea porque se rindieron ante el enemigo, o porque empezaron a obtener el poder necesario para la lucha por ese modo reactivo que consiste en confiar en que un dios supremo va a conseguir lo que nosotros, insignificantes humanos, no logramos (a menudo se suele decir que la religión es un recurso de ancianos: parece como si ellos, al final de su vida, fueran los únicos que <<ne-

cesitan>> de ese apoyo moral y psíquico frente a la muerte. Sin embargo, ya desde una temprana edad se descubren almas que necesitan de ese apoyo...).

Plantemos un momento los pies en el suelo, en esta <<fría>> realidad, y pensemos un segundo, rumiemos un segundo qué significa el hecho de que el ser humano sea el único ser vivo que puede tener conciencia de su muerte. Si lo hacemos es gracias a dos facultades básicas del hombre: la memoria y la razón. La memoria nos permite constatar de un modo objetivo, histórico, que los seres humanos que existen a nuestro alrededor mueren, mientras que la razón, del mismo modo que crea la ley de la causalidad por costumbre, del hecho de que, en el cien por cien de los casos, hasta ahora todos los hombres han muerto, deduce que es irremediable que los hombres mueran, por lo que, por analogía, si nosotros somos hombres, nosotros

vamos a morir.

Este pensamiento choca frontalmente con lo que parece que es el instinto de supervivencia de todo ser vivo, que en el ser humano se convierte en una especie de sentimiento de arrogancia y de pretensión de infinito - ese infinito que perdimos cuando entramos en el mundo del tiempo y de la memoria (Este sentimiento queda patente en los interminables dolores de cabeza de Unamuno, ser humano que no comprendía cómo él podía estar existiendo en ese momento y sin embargo dejaría algún día de existir: “Cuando me creáis más muerto retemblaré en vuestras manos”). Sin embargo, deberíamos ser capaces de controlar nuestro instinto de supervivencia, o al menos de calmarlo con alguna esperanza. Volvamos a la facultad de la memoria; ésta, al igual que nos proporciona el recuerdo de hombres muertos, a su vez es incapaz de proporcionarnos un solo recuerdo de esa época sin tiempo en la que nosotros ya estábamos muertos, esa época en la que no sentíamos, no pensábamos, no

amábamos... en definitiva, no vivíamos (y lo contrario de estar vivo es estar muerto). Desde este punto podemos mantener calmado al instinto de supervivencia en cierto modo al decirle que él no va a tener que esforzarse por luchar con la Muerte, que esa lucha nunca se va a dar, pues la Muerte, en cuanto llega, ha vencido, no da lugar a lucha alguna. Cierto es que se suele decir que los que agonizan se mantienen vivos por fuerza de su instinto de supervivencia. Yo digo: no es el instinto de supervivencia el que lucha en ese momento, es la Vida la que se enfrenta a la enfermedad para poder seguir viviendo. No hay lucha posible entre el instinto de supervivencia y la Muerte, son contradictorios, cuando el uno está el otro no puede existir.

Éste es sólo un motivo por el que no debemos tenerle miedo a la muerte, a saber: no hay lucha contra ella, cuando llega es el fin y no hay vuelta atrás ni posibilidad de escape. Pero esto no debe hacer que sintamos que, si no podemos alcanzar la existencia infinita, ni siquiera merece la pena la existencia a corto plazo. Volvamos de nuevo a la parte de la facultad de la memoria; la importancia de la vida consiste precisamente en que debemos estar orgullosos de la oportunidad que se nos brinda de vivir, de introducir nuestro pequeño ciclo en el eterno ciclo de la Historia, incluso de alcanzar existencia infinita a través del recuerdo futuro de las hazañas de nuestra vida. La vida es un ciclo en el que sólo importa la parte en la que existimos. Que la muerte sea inevitable no debe conseguir que no nos esforcemos por vivir, para que así, en el momento de su indiscutible e inevitable victoria, podamos decir esas mágicas palabras de Nietzsche: “¿Era esto la vida? ¡Bien! ¡Otra vez!” (Nietzsche, Así habló Zaratustra, 3 – De la visión y el enigma) – algunos no entenderán estas palabras en el sentido en que deben entenderse aquí; no significan: la vida me ha gustado tanto que quiero vivirla de nuevo (este pensamiento es tan reactivo como el pensamiento del dios salvador); al contrario, significan: ¿en el contrato de la vida se incluía la irremediable muerte y el eterno dolor? ¡Bien, sea la vida así una y todas las veces que sea!.

Pues ella misma nos ofrece la eterna compensación de su lado negativo, ella misma es la eterna compensación. Amén [verdad].

M.A.B

